

LA SOCIEDAD LITERARIA EN EL ROMANTICISMO. NOTAS A PEREZ GALDOS

EN los Episodios Nacionales y novelas históricas de Pérez Galdós está representado el sector de la sociedad constituido por los literatos y artistas, muchos de ellos participantes y animadores de las tertulias madrileñas de la época. Estas sociedades y reuniones funcionaron activa e intensamente en los años en que triunfó el romanticismo en España. Se trata, pues, de una parcela de la sociedad española del siglo XIX que no podía ser olvidada por el novelista, ya que tuvo una especial significación en el conjunto de la vida del país y debió de ejercer bastante atractivo sobre nuestro escritor.

Ha sido señalado por la crítica el carácter específicamente romántico de los Episodios que constituyen la 3.^a serie, muy de acuerdo con la sociedad a que se refieren (1). También con respecto a esta 3.^a serie, Joaquín Casaldueiro ha hecho notar que Galdós presta más atención a la historia civil que a los grandes hechos y personajes, y ha destacado que "en la historia de la cultura, dos hechos de importancia tienen lugar en este período (1833-1846): el paso del clasicismo al romanticismo y del romanticismo al sentimentalismo realista. La sociedad también ha cambiado..." (2). No es nuestro propósito inmediato ocuparnos de esta 3.^a serie, de carácter recono-

(1) Vid. H. HINTERHAUSER. *Los "Episodios Nacionales" de Benito Pérez Galdós*. Ed. Gredos, B.R.H. 1963, Madrid, pág. 356.

(2) J. CASALDUERO, *Vida y obra de Galdós*. Ed. Gredos, B.R.H. 1970. Madrid, 3.^a ed., pág. 138.



cidamente romántico, puesto que la historia de este cambio reseñado por Casaldüero, que afectó en todos los órdenes a la vida y a la sociedad, se muestra a lo largo de la obra de Galdós y ya desde su primera novela, *La Fontana de Oro*.

Es frecuente que Galdós en las novelas históricas y en los Episodios haga aparecer en contacto a personajes novelescos y personajes históricos. En el orden que nos ocupa, la inquietud literaria de algunos personajes novelescos se va ensamblando con la aparición —en algunos casos muy abundante— de escritores (poetas, dramaturgos, novelistas, oradores, articulistas) que tuvieron significativa actividad en los años a que se refiere la narración. El acoplamiento y los contactos entre los personajes históricos y los novelescos se realiza por los procedimientos habituales en Galdós (3).

El audaz, segunda novela galdosiana, es la que retrata una sociedad más antigua, pues se refiere a 1804. Parece que el novelista buscó y noveló los antecedentes históricos que permitieron el mundo que ya había recogido en *La Fontana de Oro* y cuyo desarrollo pleno corresponde a las sucesivas series de Episodios Nacionales. En lo que a la cultura y gustos literarios se refiere, hay en esta novela numerosas referencias a la actualidad de la poesía pastoril a la manera de Meléndez y Cadalso; el mundo bucólico todavía encuentra admiradores y cultivadores, especialmente entre abates y clérigos que no tienen otra cosa mejor que hacer (4); los poemas son aceptados en las fiestas de sociedad, y cuentan con alguna persona entusiasmada como Pepita Sanahuja (5). Fray Jerónimo de Matamala, protector y guía de Muriel, *el audaz*, sirve de enlace o pretexto para que Galdós evoque el ambiente salmantino de la escuela poética del siglo XVIII, ya que el fraile galdosiano había sido compañero de Fray Diego González y del P. Fernández (pág. 21). Sin embargo, queda claro el carácter decadente y la falta de espíritu y aliento creador de este tipo de poesía cuando Galdós plantea la inconsistencia del mundo pastoril frente a la realidad (cap. IV), o al encarnar el entusiasmo bucólico en Pepita Sanahuja, trastornada por la poesía pastoril como D. Quijote lo estuviera por los libros de caballerías. Se trata pues de algo que en 1804 se consideraba caduco y superado, aunque todavía no había aparecido la estética que lo sustituiría.

(3) Vid. HINTERHAUSER, *Op. cit.*, págs. 233 y ss.

(4) B. PEREZ GALDOS. *El audaz. Historia de un radical de antaño*. 4.^a ed. Imprenta de "La Guirnalda", 1891. Madrid. pág. 11. Todas las citas de esta novela se hacen por esta edición, y a ella se refieren los números de págs. y capítulos que aparecen entre paréntesis.

(5) Aunque se puede apreciar en toda la novela, vid. especialmente cap. IV.



Son abundantes otros vestigios del siglo XVIII: la figura de Moratín, autor de unos versos burlescos dedicados a una interpretación teatral del Abate don Lino Paniagua que ya sabe de corrido todo Madrid (cap. XI, II) la caricatura que del mismo abate hace Goya, etc., así como las consideraciones que el narrador galdosiano expone al comienzo de la novela sobre la introducción de las ideas volterianas en Madrid, Sevilla y Salamanca, que fraguaron en las correspondientes escuelas literarias (Gallardo, Marchena, Blanco White). Se trata, por lo tanto, de la referencia al ambiente del último de los períodos considerados prerrománticos por la crítica. Ya están presentes caracteres muy cercanos al romanticismo, así como el espíritu de protesta que guía de la juventud (cap. I, II) —del que será portavoz exaltado y víctima *el audaz* protagonista—, y la apreciación de la naturaleza. Todo ello supone un presagio de romanticismo en la sociedad de 1804, que sólo había tenido confusas noticias de la Revolución francesa.

En *La Fontana de Oro* (6) Galdós se ocupa varias veces de informar al lector de la inadecuación existente entre la educación clásica que habían recibido los jóvenes de 1820-1821 y su espíritu exaltado mucho más acorde con el romanticismo. Así en el capítulo IX, cuando nos presenta a algunos personajes, retrata a Javier (convencido demócrata y articulista de "El Universal"), al joven de Ecija Ramón (poeta de la escuela clásica, pero de vida romántica y aventurera) y al Doctrino, los amigos que introducirán a Lázaro en la sociedad de "La Fontana de Oro", como defensores de la libertad e integrantes de clubs y sociedades demócratas. El mismo protagonista, Lázaro, estaba educado según la escuela retórica de Luzán, lo que se reflejará en el discurso que pronuncia en "La Fontana" a su llegada a Madrid; el público del politizado Café rechaza este discurso precisamente por el retoricismo propio de la oratoria académica y en cambio se entusiasma ante el calor y la audacia verbal de Alcalá Galiano.

En esta primera novela no olvida Galdós el hacer referencia a algo tan significativo en la vida literaria de una época como es la situación del teatro en Madrid, y a él se refiere en el capítulo XI: predomina el frío clasicismo que seguía los principios "del prosáico Montiano, del rígido Luzán, del insoportable Hermsilla"; estas representaciones no atraían al pueblo, que además no comprendía a griegos ni romanos. Del teatro del siglo XVII se nos da noticia de que Nasarre había condenado a Calderón.

(6) B. PEREZ GALDOS. *La Fontana de Oro. Novela histórica*. 4.ª ed. Imprenta de "La Guirnalda". 1892. Madrid. Todas las citas de esta novela se hacen por esta edición.

Por otra parte, el drama no existía; la "restauración clásica sólo fue fecunda para la comedia, porque produjo a Moratín hijo" (pág. 96). Ramón, el joven poeta clásico galdosiano, había escrito tragedias de tema bíblico y clásico, y ahora nos hace asistir a la lectura de algunos pasajes de la última de sus creaciones, *Los Gracos*, lectura que no resisten ni sus propios amigos, pues se duermen en seguida.

Al pasar de las novelas a los Episodios, recordamos lo señalado por Hinterhäuser con respecto al carácter romántico de los que forman la 1.^a y 3.^a serie y las motivaciones que Galdós pudo tener para ello (7). A la 2.^a serie pertenece el titulado *Los apostólicos* (8), con el que asistimos a la efervescente vida romántica de los años 20 y primeros 30 del siglo pasado. El capítulo V lo dedica Galdós a hablar de las sociedades secretas que amenazaron el poder de Calomarde; como sociedad tipo presenta la de los "Numantinos" y describe las actividades de algunos de sus miembros y a los personajes que la animaron; se extiende en la presentación de los tres más significativos: Veguita (Ventura de la Vega), Pepe (José de Espronceda) y Patricio (Patricio de la Escosura). Ventura de la Vega a los 18 años era un joven "inquieto, vivo y saltón, con la más grande inventiva para las travesuras"; el brillo de sus ojos negros y los altibajos de su estado de ánimo nos revelan su casta americana; su educación en el colegio de San Mateo le cimentó su vocación poética, que le permitió fundar la academia del "Mirto" y pasar después a formar parte de los conspiradores numantinos. Espronceda, cuya presentación comienza con su accidentado nacimiento en plena guerra de la Independencia, era un joven de 15 años de "agraciado rostro, en lo moral generoso, arrojado hasta la temeridad", con extremos de alegría y tristeza. También se había educado en San Mateo y allí había aprendido a desear las cosas grandes y bien hechas. Patricio de la Escosura, de 18 años, era más formal y atildado que los otros, aunque su fantasía era "levantisca y alborotada"; a su vocación por las armas y las letras, une su condición de orador (pág. 582 y ss.). Desterrado Espronceda que estaba en Lisboa, y Patricio de la Escosura en París, en 1827 hallamos formando "pandilla" con Veguita a un poeta tuerto y riojano (Bretón de los Herreros) y a un mal poeta y no muy buen prosista educado en Francia (Larra). A Bretón nos lo presenta

(7) Vid. HINTERHAUSER. *Op. Cit.*, págs. 355 y ss.

(8) B. PEREZ GALDOS. *Episodios Nacionales*, II. Ed. Aguilar, 1971. Madrid, págs. 582 y ss. Todas las citas de este Episodio se hacen por esta edición, y a ella se refieren los números de págs. y capítulos.



ya como autor de comedias, las “más saladas que podrían imaginarse”; con tal facilidad para versificar que “hablaba mejor en verso que en prosa”. El retrato que hace de Larra —a los 20 años— es sumamente interesante; como en otros muchos casos, todavía no lo llama por su nombre; hacía muy malos versos y no muy buena prosa; de personalidad tan inquieta que no acababa nada de lo que empezaba: “medio traductor de Homero, casi abogado, casi empleado, casi médico”. De ánimo arrebatadísimo, sin término medio entre la risa y el llanto. Figura plenamente romántica, bastante parecida a la ironizada por Mesonero Romanos en “El romanticismo y los románticos”; a su atuendo y su figura se unen sus actitudes: parlanchín y taciturno, sin transición, en las tertulias a las que asistía. Su espíritu crítico y el aplomo y originalidad de sus juicios pasmaba a todos y los dejaba admirados, admiración ésta que se tornaba en risa y chacota cuando le oían sus versos. Más adelante (cap. XV, págs. 609 y ss.) vuelve a referirse al espíritu satírico de Larra y su carácter misántropo, a sus seudónimos, a la protección que recibiera de sus contemporáneos, y al hecho de que, aunque en 1831 todavía era un escritor en ciernes, ya se conocían los desajustes de su vida conyugal y doméstica.

No se olvida Galdós de la tertulia del “Parnasillo en el Café del Príncipe”, a la que concurren todos estos personajes, y que nos da noticia de la situación de la inquieta juventud del momento, que sólo podía expansionarse haciendo versos o “diabluras”: “los estudios estaban muertos, la Prensa no existía; las letras mismas y el Teatro principalmente, yacían encadenados por una censura bestial y vergonzosa...” (pág. 584). En otro lugar (cap. XV, págs. 609 y ss.) se refiere el narrador a la situación del teatro en Madrid, que en estos años se nutría especialmente de traducciones, algunas de ellas a cargo de Hartzenbusch; la referencia le permite presentarnos a este “muchacho carpintero, de modestia suma y de apellido impronunciable. Era hijo de un alemán y hacía sillas y dramas” (pág. 610), traductor de obras para la escena de Voltaire y Alfieri, y lo más interesante de su actividad en estos terrenos: reivindicó el teatro barroco español, sobre todo el de Lope de Vega, y refundió obras de Rojas y Moreto. En este mismo pasaje es donde Galdós elogia la figura del “mecenas” don Miguel Fernández Varela, que protegió a numerosos escritores y artistas, entre ellos a Espronceda, Larra y Rossini, y dio a conocer a Pastor Díaz. Junto a Fernández Valera elogia Galdós a Juan Bautista Alonso, partícipe en su juventud de la inquietud literaria, y que luego fue el



que proporcionó al novelista los datos sobre este ambiente que Mesonero Romanos no quiso facilitarle (9).

El desasosiego romántico que ya se ha ido apreciando a lo largo de todo este Episodio, culmina con la presentación del ambiente que se vivía en la tertulia del "Parnasillo" en 1832, cuando las nuevas ideas van tomando cuerpo en la sociedad literaria madrileña: "Se hablaba mucho y con ardor de un drama célebre estrenado en París el 25 de febrero de 1830 y que tenía el privilegio de dividir y enzarzar a todos los ingenios del mundo en atroz contienda" (cap. XXIX, págs. 655-656); a continuación, con bastante ironía relata el asunto de *Hernani* de Víctor Hugo, una vez más sin nombrar ni al autor ni la obra, para concluir con la presentación del romanticismo y la explicación de sus principios iconoclastas: la inspiración por encima de la medida y las reglas, la igualdad de rango artístico para todo tipo de protagonistas, la mezcla de palabras nobles e innobles, etc.; todo ello "al grito mágico de ¡España por Calderón!" era el motivo de discusión en el "Parnasillo". Aunque las grandes obras del romanticismo todavía no se habían escrito en 1832, el narrador galdosiano adelanta al lector algunos de sus caracteres: "ya sonaban cerca las espuelas de *Don Alvaro. Marsilla* y *Manrique* estaban más lejos, pero también se sentían sus pisadas" (pág. 656). Igual ocurría con la lírica: Espronceda, que no había escrito aún sus grandes obras, estaba desterrado en Cuéllar.

Las últimas evocaciones del ambiente literario madrileño de 1832 son dedicadas a la prosa costumbrista, cuya figura máxima es para Galdós la de Mesonero Romanos, al que considera continuador de Cervantes y dedica unos párrafos de sincero y extremado elogio. Es curioso el hecho de que Mesonero, que había proporcionado muchos datos a Galdós para sus Episodios, se negara a facilitarle noticias de carácter literario y le recomendara que prescindiera de este ambiente (10). A Galdós, le debió parecer que el clima literario de estos años de naciente romanticismo era una de las piezas claves en el conjunto de la sociedad madrileña. En el pasaje concreto que nos ocupa (cap. XXIX) Galdós llega a abandonar el curso de las aventuras de sus personajes novelescos atraído por la descripción de esta atmósfera de romanticismo incipiente. Así lo declara el narrador de *Los apostólicos* cuando da cuenta de la marcha de Jenara a La Granja: "Adiós, gentil Angélica, engañadora Circe. No podemos seguirte aún. Nos llaman

(9) Vid. HINTERHAUSER. *Op. cit.*, pág. 69.

(10) Vid. HINTERHAUSER. *Op. cit.*, pág. 69.



por algún tiempo en Madrid afecciones de literatos que nos son más caras que las propias niñas de nuestros ojos. Y era curioso ver cómo se iba encrespando aquel piélago de ideas, de temas literarios e imágenes...” (página 655).

